

milagros; suda sangre; es escarnecido, ensangrentado, coronado de espinas y cuando nos vá á dar la vida, aún tiene sed de amor... SITIO. Con nosotros se queda en la Hostia Santa para servirnos de alimento. . . . .

Dios..... la creación..... la Redención..... la Eucaristía.....  
el cielo..... ¡todo amor! Todo por nosotros y para nosotros..... ¡Dios para nosotros!..... Nosotros para Dios!

AMEN.



## DEUS CHARITAS EST      DIOS ES CARIDAD

EPÍSTOLA 1.<sup>a</sup> DE SAN JUAN.—CAP. II VERS. 16

---

# LA CARIDAD ES EL LAZO DE UNIÓN ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES

*(Predicado en la Catedral de Valladolid  
el día 5 de Enero de 1902).*



**U**s la primera vez que ocupo este sagrado lugar, desde que el alma preciosa del egregio Cardenal Cascajares, rompiendo las cadenas que la retenian en este valle de miserias y de infamias, voló á Dios. Seria yo un monstruo de ingratitude, si las primeras palabras que salen de mis labios no envuelven un sentido recuerdo para la santa memoria de aquel ilustre Príncipe, mucho mas cuando á obrar asi me obligan diferentes circunstancias especiales: subo al púlpito en este noble pueblo, que es el mio; en este pueblo que admiró las relevantes prendas de aquel corazón ternisimo y que tantos favores recibió de aquellas manos generosas; voy á hablar en esta Iglesia, la misma en la que El me escuchó la última vez que ocupé el púlpito (hoy me oirá desde el cielo); y ante vosotros, señores Canónigos y Beneficiados, que tantas deferencias, tan delicadas atenciones y favores tan señalados debeis al Cardenal Cascajares; y pienso ocuparme de la mayor de las virtudes—como dice San Pablo—de la virtud en que era maestro nuestro querido Cardenal.

El alma, cuya memoria bendecimos, será ya feliz. Si aún, Dios mio, debe algo á tu justicia, oye por piedad, las plegarias de los que tanto le amamos y dale el descanso eterno.

*Requiem æternam . . . .*

*Requiescat in pace—Amén.*

DIOS ES AMOR! Para definir una cosa es necesario conocerla, abarcar los horizontes de sus perfecciones y de sus atributos, escudriñar los arcanos de su constitución, descomponer el todo y analizarle en cada una de sus partes, iluminar con los fulgores de la razón su esencia y leer allí cuanto es preciso leer para colocar en el sintético cuadro de la definición lo que es aquella cosa que examinamos. Pero ¿á Dios quién le difine? Entendimientos superiores, en los cuales brilla espléndida y brillante la chispa creadora del genio, inteligencias privilegiadas que han remontado el vuelo sobre la cúspide del gigantesco edificio que la materia, vivificada por el soplo del Creador y autorizada por Él en el *higuse* fecundísimo para desenvolver los gérmenes de vida, ha levantado en el trascurso de los tiempos, llevan siglos y siglos realizando esfuerzos poderosos, consumiendo energías admirables, para recorrer con paso firme ese edificio de la materia, para registrar uno por uno los departamentos que le forman, para abrir á los ojos de la razón, con la antorcha de esa misma razón, que es luz del rostro divino, según aquél rasgo de elocuencia de David (1), los arcanos donde vibran los ecos del omnipotente *fiat*; y el edificio es hoy casi tan nuevo como ayer, duermen en él, ocultos todavía, quizá más y mayores secretos de los que le han sido arrancados... VIDA! escribió el dedo increado con increados focos de luz en el volcán de fuego y de luz que llenaba los ámbitos de la eternidad y la vida creada brotó en el instante para cumplir el mandato de la Vida sin principio. VIVE! dijo Dios al eter impalpable, y el eter impalpable fué evolucionándose poco á poco, á medida, que el calor con que le había fecundado la luz verdadera exteriorizaba las cosas todas, que estaban, como en su ejemplo, en aquella misma luz sin princi-

(1) Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.

pio, luz de luz, el Verbo de Dios, que era Dios, que estaba en Dios, por quien todas las cosas han sido hechas y sin el cual no ha sido hecha cosa alguna. Señales de vida pidieron los hombres á la creación y la creación dió á los hombres vestidos con que cubrir sus carnes, frutos con que sostenerse, elementos para edificar sus moradas: —¿Hay más en tí?—han seguido preguntando los descendientes de Adán á la materia, y las contestaciones de la materia están grabadas, con caracteres indelebles, en ese asombroso libro, de innumerables páginas, que se llama *progreso*.—Ahi tienes mis señales de vida—viene diciendo la materia al pensador insaciable:—en el dominio que te he dado sobre el aire, sobre el calor y sobre la luz.—Basta!, te conozco, te domino!—exclamó la ciencia al posesionarse en el siglo pasado de los vastos dominios del vapor y de la electricidad y la materia le ha contestado: «Aun te soy desconocida; aun no sabes adonde llega mi poder».

Si esto ocurre con las maravillas de la naturaleza, de la cual es Rey el hombre; si los brios de la materia permanecen aún escondidos á la razón humana, que se mueve en espacios elevadísimos sobre el nivel de aquella, ¿quién podrá, definirte á tí, ¡oh Dios! que eres la misma eternidad? ¿cómo llegará á las alturas de tu trono el espíritu del hombre, si entre Ti y él hay un abismo insondable, tan insondable como el mar inmenso que separa la causa primera sin causa de los efectos de esa causa creadora? Poner límites á lo que es ilimitado; recorrer las orillas de ese oceano que no tiene barreras; poner principio y fin al que, existiendo siempre en un acto purísimo, es principio y fin de esa obra inconcebible que llamamos creación, sería necesario para definir á Dios. ¿Cómo encerrar en un vaso las aguas del mar? El hombre pequeño, creado, finito, no puede medir las anchuras de lo más grande, que es lo in-

creado, lo infinito, Dios. Solo Dios conoce su esencia; solo Dios estudia los atributos de su grandiosa majestad; solo El puede definirse y El se definió en aquellas palabras del Exodo (1): «EGO SUM QUI SUM. YO SOY EL QUE SOY. Dirás á los hijos de Israel: El que es me envía á vosotros» (2). Y tú, Apostol muy amado del muy amado ¿eres Dios que así hablas, con tan extraño desembarazo, de la divinidad? En qué fuente ha bebido el Apostol predilecto esa doctrina profunda que condensa con admirable sencillez en esa sublime frase: DIOS ES AMOR? En el Evangelio de San Mateo tenéis la clave del enigma. Nuestro Señor Jesucristo quiso dárnosla en aquella divina afirmación: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni el Padre conoce nadie mas que el Hijo y aquel á quien el Hijo quisiera revelar.* San Juan, abismado en las delicias de la ternura de Dios, saboreando la gloria que le proporcionaban las caricias del Dios-hombre, contando los dulcísimos latidos de aquel corazón todo amor y todo ternura, cuando descansaba su pecho sobre el pecho del Señor, es arrobado en éxtasis para que aprenda del amor increado unas lecciones tan poderosas que serán la constante ocupación de su larga vida. San Juan despierta de su sueño envidiable para establecer la divinidad del Verbo, para describirnos la patria celestial, que nos está reservada, para definirnos á Dios... *¡Dios es amor!* San Juan lo dice, San Juan lo sabe, porque Dios se lo ha revelado. Dios es amor; Dios es la caridad misma; por la caridad ha venido al hombre para que el hombre vaya á El.

Meditémoslo. AVE, MARIA....

(1) Cap. III v. XI.

(2) Id. id. v. XIV.

DIOS ES AMOR!... De la luz, como de su fuente, manan todas las maravillas de la naturaleza, porque son éstas expresiones adecuadas de la vida y la vida es la luz. Dios, que es la misma vida, es la misma luz, una luz que nunca se extingue; al Verbo en quien se encuentran, como en su objeto, todas las cosas creadas, se le llama lo que es: Dios de Dios y luz de luz. La exposición sintética, por consiguiente, de lo que es la vida increada se encuentra en esta frase: *luz perpetua; luz que muere*, será, por lo tanto, la síntesis de la vida que habrá de tener fin... El amor es la causa de las divinas operaciones y el ser Eterno, por el amor con que perpetuamente nos ama, nos atrae, en decir de Jeremias (1), hizo la creación y las obras estupendas de la diestra Omnipotente que desde la creación venimos admirando. En el amor se hallan como en su centro las eternas manifestaciones de la vida eterna: las perfecciones y atributos esenciales á aquella sustancia propísima que existe en Sí, sin comienzos y sin fines, sin eclipses, y sin ocasos. El proceso del amor sigue este curso: hay un encanto sublime, un irresistible atractivo en una cosa y hacia ella vamos como esclavos de la fuerza poderosa de un imán. Aquel encanto y aquel atractivo subyugan, dominan, impresionan violentamente primero, enloquecen después. El encanto de los encantos y el atractivo de los atractivos, es la divina esencia; por eso Dios, conociendo su esencia, la ama de una manera infinita, y como su esencia es su ser mismo, á Sí mismo se ama y vive amándose siempre, desde que existe su esencia, desde que existe su ser, desde que vive y reina, desde la eternidad hasta la eternidad y más lejos. Así se habla de Dios en los Paralipomenos (2) y en el Exodo (3). La esencia de Dios es infinitamente ama-

(1) XXXI, 3.

(2) I, XXIX, 10.

(3) XV.

ble y lo infinitamente amable debe ser el amor mismo; Dios ama infinitamente á su esencia y como la esencia de Dios es su mismo ser, Dios es, al mismo tiempo, el amor infinito y el infinito amante; Dios es el amor mismo. En el amor, pues, se hallan como en su centro, los atributos constitutivos, sustanciales de la esencia divina. Dios no sería el ser mismo, la misma unidad, la verdad única, el bien exclusivo, si no fuera el mismo, el solo, el único, el exclusivo amor. DIOS ES AMOR. De esencia del amor es el comunicarse, establecer relaciones, servir, en suma, de lazo de unión, y el amor es el indisoluble lazo que une eternamente á las tres personas de la Trinidad Beatísima. Hemos visto, hermanos, el amor palpitando, con armonías inaccesibles al oído del hombre, en las entrañas amantísimas de Dios, haciendo vibrar las impalpables fibras de la esencia increada, haciendo que broten de Ella como de un abismo de fuego, aquellos otros mares, también de eterna luz y de increado fuego: la bondad, la justicia, la misericordia, la sabiduría, la santidad. Miradle ahora resplandecer con vividos fulgores en ese misterio que se llama Dios uno y trino: unidad en la esencia, trinidad en las personas, igualdad en la majestad. Hay un objeto amado en quien descansa el amor del Padre; este objeto es aquel del cual se dice en el Salmo: (1) «Mi corazón ha exhalado una palabra buena». Ese amor infinito que sale del Padre va al Hijo Untigénito, el Verbo nacido del Padre antes de todos los siglos y en el Verbo se satisface en toda su plenitud; porque si el Padre es infinitamente amoroso, infinitamente amable es el Hijo, ejemplar perfecto de las cosas todas, que en El y por El son también amables; Dios las ama en el Verbo porque del Verbo son, pues por El han sido hechas. Este misterio de amor nos le descubre la Bondad

(1) XLIV, 1.

divina en las clarísimas expresiones que han salido de los labios de Dios acerca de su santísimo Hijo, del Hijo que merece las caricias del Padre, que guarda los tesoros de todas sus complacencias: (1). El término del amor en las personas divinas es el Espíritu Santo. DIOS ES AMOR!

Todos los prodigios, las maravillas todas en el orden de la naturaleza y de la gracia, obedecen á aquel impulso benéfico, fecundo, de virtud poderosa para producir efectos saludables, del cual hablaba el Apostol de las gentes á los de Efeso (2): á la excelsa caridad con que el Señor nos ha amado. Dios de nada necesitaba para su felicidad; nada había fuera de El para el complemento de su esencia; Dios lo tenía todo en Si mismo; toda la gloria se la daba la íntima contemplación de su soberana belleza; pero Dios quiso que, del encendido volcán de su amor, brotaran abrasadoras centellas, y aquellas centellas dieron fecundidad al *no ser*, y del *no ser* se irguió admirable y hermosísima la obra de la creación... *Amor!*... respondieron los ámbitos de la eternidad á la palabra del Eterno, y la semilla de la voluntad divina iba germinando en el fondo de las entrañas de la materia informe... *AMOR!*... *CARIDAD!*... se vió escrito en la esfera refulgente que produjo la condensación de la materia en sus vueltas vertiginosas... *CARIDAD!*... dijo la tierra al presentarse separada de las aguas que forman los mares, y las olas del inmenso oceano recorrieron sus anchuras de un lado á otro repitiendo la mágica palabra: *CARIDAD!*... Preguntad á la tierra: ¿quién ha fecundado tu seno para que produzcas yerbas, flores y frutos? y la tierra os responde que el amor. El amor de Dios, que es luz, engendró el sol, y los cielos tuvieron colores, luz los mun-

(1) San Mateo XXXI, 7.

(2) XXIV.

dos, calor vivificante la tierra, colores purísimos el caliz de las flores, irisantes hermosuras el plumaje de las aves, por la obra del amor. Y de todas estas grandezas, por el amor, fué constituido Rey el hombre; el hombre, la criatura hecha á imagen del creador; el hombre que ocupará en lo sucesivo, permitid la frase, todos los pensamientos del pensamiento increado. DIOS ES AMOR! . . . . .

El hombre fué ingrato. La historia de siempre! Triste condición la nuestra retratada con precisa exactitud, por desgracia, en aquella elocuente admiración del Filósofo de la antigüedad. Nuestra indiferencia y muchas veces ¿por qué no decirlo? el odio de nuestra torcida voluntad se halla en razón directa á los bienes que recibimos. Cuando nos injuriamos, cuando crean en torno nuestro una atmósfera de difamación, cuando sentimos en el seno del hogar ó en lo interior de nuestro ser, los estragos del daño, somos quizá cobardes; devoramos á solas los sinsabores y acallamos, no resignados, sino vencidos, las voces con que la ira nos pide venganza, buscando, en la mentida calma de nuestra cobardía, sosiego para el corazón agitado con los espasmos de unos rencores diabólicos; guardamos consideraciones á los que desdeñosamente nos miran; pero, casi siempre, la recompensa para el bien que se nos hace, es arrastrar por los suelos la reputación del que nos protege, hacer girones su honra, odiarle, escarnecerle y maldecirle. ¡Cuanto más grande es el bien con que nos abruman, mayor es el mal que hacemos!

Limpio, hermoso, coronado de flores, con el manto y el cetro reales, salió el hombre de la mano creadora: su cuerpo estaba libre de infortunios, su alma se bañaba en las aguas clarísimas de la gracia de Dios. Tocando con la frente el polvo de la tierra se rinde el hombre, anonadado ante la presencia de su misma hermosura, para besar la

mano bendita que le hizo grande y dichoso? Esto exigía el imperioso mandato que late en el fondo de la conciencia; esto debió hacer el hombre; pero, vedle: sube los escalones del cielo, corre á Dios y ¡oh presunción incalificable! le arroja el dardo del desprecio y exclama, á una con los ángeles ingratos, en infernal gritería que agita entre convulsiones de horror el mismo reino de Lucifer: «*Non serviam*. Soy Dios como tu lo eres». Los cielos y la tierra contemplan mudos de espanto una formidable lucha: la lucha de las dos fuentes primeras; la lucha de la soberbia contra ese adorno de que Dios revistió al alma: la caridad. Y ella, la caridad suprema, recibe los dardos de la suprema justicia, se interpone entre el Creador y la criatura, para que el fuego de la ira santa no reduzca á cenizas y aniquile y vuelva al no ser al hombre prevaricador: *Justitia et pax osculatae sunt*. Allí mismo, ante el crimen de lesa majestad divina del hombre, la paz y la justicia se dieron el primer abrazo, y aquella conjunción produjo un fruto de bendición para nosotros: los pliegues del hermoso manto de la Caridad se sueltan, y debajo de ellos se cobija la criatura. Del corazón del hombre, del fondo de los mares, de las entrañas de la tierra y de la extensión de los cielos salen melodiosos cánticos que entonan este himno de alabanza. ¡DIOS ES AMOR! La caridad ha unido de nuevo á Dios y al hombre, y le unirá de manera más íntima cuando se cumpla la profecía infalible de la encarnación del Verbo, con cuyo anuncio se digna Dios enjugar las lágrimas de arrepentimiento del hombre. La caridad conmueve el espíritu de la criatura racional, quedando así establecida de nuevo la corriente de simpatía entre el Amante y el amado. La ofensa subsiste, sin embargo, porque el hombre, finito, no puede satisfacer á la justicia infinita. Cuando llegue la plenitud del tiempo, la deuda quedará pagada; Dios sabe como; los recursos de la Omnipotencia divina

son recursos de amor eterno, y el amor eterno nunca se cansa, siempre encuentra novedades para sus salvadoras manifestaciones.

El hombre, que lleva en su sangre aquel germen destructor de la soberbia que le fué inoculado á la sombra del árbol del bien y del mal, tuerce los caminos que el Señor le preparara, la carne se sobrepone al espíritu (1), los hombres todos se separan del camino del bien (2), y Dios determina borrar de la tierra todo lo que tiene vida. (3) ¿Dios, hermanos, va á destruir su obra? ¿Y todas las maravillas de la descripción genesiaca han sido fugaz meteoro, humo que se disipa, relámpago que centellea un instante nada más? ¿Para qué ¡oh Dios mio! digiste á la vida: *¡vive!* si habías de hacerla volver tan pronto á la nada de donde la sacaste? Pero, sí, mi Dios, haces muy bien en fulminar la sentencia irrevocable de destrucción y de ruina. ¿Irrevocable?... *Justicia et pax osculatae sunt.* Mirad identificadas nuevamente á la paz y á la justicia. No; Dios no aniquila la vida, la regenera: sobre las alas de la caridad un arca domina majestuosamente las alturas de las aguas del diluvio; en el arca está la bendición de Dios; la vida se ha salvado.

No pueden leerse, sin derramar dulces lágrimas de gratitud, las páginas de ese libro precioso que el legislador hebreo, divinamente inspirado, escribió para forjar la historia del pueblo de Israel. El amor es el misterioso lazo que une á Dios con los suyos. Aquel Ser Omnipotente, que es fuego consumidor, como dice Moisés (4), hace que respire su pueblo la atmósfera de la caridad, y por la caridad está constantemente entre

(1) Gen. VI, 12.  
 (2) Gen. id. id.  
 (3) Gen. VI, 7.  
 (4) Deut. IV, 24.

sus hijos (1); como si el afán de Dios, el único cuidado de la Omnipotencia, fuera el de velar, con delicadísimo esmero, por el bien de su criatura privilegiada. La caridad de Dios sostiene sobre las aguas del Nilo la barquilla de Moisés; colma á este niño abandonado de extraordinarios favores; le lleva al Palacio de los Césares; hace que confunda, ante la majestad de Faraón, la soberbia de los adivinos; la caridad de Dios tiene Angeles que libren del terrible azote de las plagas á los Israelitas; rompe las cadenas del cautiverio; tiende su manto sobre las aguas del Jordán, para que el pueblo escogido camine con pié seguro hácia la tierra de promisión; se convierte en faro de luz que le ilumina y le orienta; y el pueblo de Dios, protegido por la caridad, atraviesa las arideces del desierto sin que se rompan los vestidos ni el calzado con que los Israelitas salieron de la esclavitud. El desierto es infecundo! No hay fuentes que apaguen con sus aguas cristalinas la sed ardorosa: Moisés tiene una vara, á cuyo golpe, á impulso de la caridad divina, en graciosos surtidores se convierten las peñas, y de las arenas abrasadas brotan arroyos que recrean con sus delicados murmullos los oídos de los amados del Señor, El desierto es infecundo! La refrigerante sombra de los árboles no mitiga el fuego de los rayos del sol: la caridad de Dios es brisa consoladora. El desierto es infecundo! ¿De qué se alimentará cuarenta años el pueblo de Israel? De los cielos descende un misterioso rocío: es el rocío de la caridad que contiene en su sustancia los elementos necesarios para la vida del cuerpo. El amor de Dios es fuego que no se extingue; clarísimos fulgores esparce este foco vivísimo de luz, y en ese volcán de luz y de vida se abisma el pueblo escogido cuando el fragor de los truenos y el zig-zag de los relámpagos anun-

(1) Id. VI, 15.

cian la voz del Señor. Él, el Dios fuerte, el Dios poderoso, el Dios magnífico va á renovar el pacto que tiene hecho con Abraham, con Isaac y con Jacob. Oíd los acentos del Omnipotente: «Esta es mi alianza y mi juramento: Te levanto por pueblo mio y yo soy tu Dios». Y esta alianza, hermanos, se la jura el que tiene juramento de verdad, no solo á los que le escuchan, sino á todas las naciones de las cuales Abraham había de ser el padre por el espíritu de la fe. Dios pronuncia el juramento de caridad para todos los hombres, porque DIOS ES AMOR. En el fondo de aquel juramento late la caridad, y por la caridad Dios asegura su perpetua unión con los hombres (1); *el lazo de unión entre el Creador y la criatura es la caridad.*

Hay dos testamentos, dos historias, dos leyes: en la historia y en la ley del antiguo testamento se consigna la primera alianza del amor, y á describir la obra del amor se reducen los pasajes todos de los libros sagrados del antiguo testamento. Pero aquella alianza de amor es muy pequeña. Otra tenemos prometida desde la primera culpa, de la cual nos explica el fundamento el Apostol de los amores en aquellas elocuentísimas palabras: «De tal modo amó Dios al mundo que le dió á su Unigénito Hijo», y el Hijo Unigénito que era Dios desde el principio se hizo carne por amor (2); VERBUM CARO FACTUM EST. Por la caridad el Padre nos dá á su Hijo; (3) ¡la caridad abre las puertas del cielo para que Dios baje á la tierra!; el Espíritu Santo, que es caridad, fecunda el seno inmaculado de una mujer; en brazos de la caridad descende Dios hasta el hombre, y en brazos de la caridad el hombre sube hasta Dios. La natu-

(1) Deut. XXIX, 1.

(2) San Juan. *In principio erat Verbum.... Verbum caro factum est.*

(3) San Juan III, 16.

raleza humana y la naturaleza divina quedan eternamente enlazadas con el lazo de la caridad. La caridad, por un prodigio inaccesible á la humana inteligencia, constituye con la naturaleza divina, perfecta, completa, totalmente divina, con todas sus perfecciones, y con la naturaleza humana, absolutamente humana, con todos sus esenciales constitutivos, una persona, y hace que esta persona sea perfectamente Dios y perfectamente hombre y se llame indistintamente el DIOS HOMBRE, el HOMBRE DIOS. Con esta obra ¡un esfuerzo gigante de la eterna iniciativa! el hombre ha salvado el inmenso abismo que le separaba de Dios y á Él estará unido eternamente. *La caridad, es pues, el lazo de unión entre Dios y los hombres.* El Niño amante que llenó de luz de amor el humilde portal de Belen, viene para satisfacer á la justicia divina, y junto á la cuna del niño los Ángeles cantan el cántico de la paz. La paz y la justicia se abrazan: *Justitia et pax osculatae sunt!*

Las innumerables pruebas de amorosa solicitud que Nuestro Señor Jesucristo nos dá durante su vida, y que son como el inquebrantable fundamento sobre que descansa la Religión Católica y las enseñanzas del Salvador código de su doctrina, pertenecen á otro discurso; pero en esta vida preciosa hay un hecho de que debemos ocuparnos por ser la más hermosa de las alianzas de Dios, por ser, digámoslo así, el fruto de una locura infinita; «el testimonio más claro del amor que Dios nos tiene.» dice Santo Tomás de Villanueva; el prodigio de los prodigios, el misterio de los misterios. Dios quiere que le tengamos siempre con nosotros (1) que apretemos nuestro corazón contra su corazón divino, que sintamos en el fondo del nues-

(1) Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem IN ME MANET ET EGO IN ILLO. (San Juan VI, 57.)



tro vibrar los latidos de la divinidad (1), que alimentemos nuestra alma con un pan que es pan de ángeles (2), pan de sabores dulcísimos, verdadero alimento (3), un alimento que es como el memorial de las maravillas de Dios, dice David (4): «TOMAD Y COMED; ESTE ES MI CUERPO», exclama Jesús, y el pan se convierte en su cuerpo y el vino en su sangre. ¡Oh maravilla de las maravillas! Obra incomprensible de la caridad de Dios! ¡Obra adorable por la que Jesús se queda con nosotros hasta la consumación de los siglos! (5) En ti se sintetizan todas las obras del Omnipotente: la Creación, porque obedeciendo al mandato del Sacerdote, el pan se convierte en cuerpo de Dios, como, obedeciendo á la palabra de la Virgen, el Verbo se hizo carne; y la unión estrecha de Dios y el hombre porque... Dios nos lo dijo: «El que come mi carne vive en mí y yo vivo en él». (6) ¿Cómo ¡oh Dios! haces ésto con el hombre? *Quid est homo quia magnificas eum, aut quid apponis erga eum cor tuum?* (7) Quien es el hombre para que tanto te ocupes de él? para que así le distingas?, para que así le regales? Cuál es la causa de estos portentos? Es el poder del hombre, es su ingenio, es su gracia, lo que te atrae, lo que te subyuga? En el sagrado libro de la segunda ley se escribió esta frase: *No se unió el Señor á vosotros porque excedais en número á todas las naciones.. porque os amó el Señor se unió á vosotros.* (8) Por el amor..

(1) Sicut misit ME vivens PATER, et EGO VIVO PROPTER PATREM: et QUI MANDUCAT ME et ipse VIVET PROPTER ME. (San Juan VI, 58.

(2) Ego sum panis vivus qui de coelo descendi; si quis manducaverit ex hoc pane vivet in aeternum.

(3) Caro mea vere est cibus et sanguis meus vere est potas. (San Juan VI).

(4) Salmo CX, 4.

(5) San Mateo XXVIII, 20.

(6) San Juan, VI, 57.

(7) Job, VII, 17.

(8) Deut, VI, 15.

El amor explicando todo lo inexplicable; el amor presidiéndolo todo, llenándolo todo, uniendo siempre á la criatura con el Creador!....

Ya sé ¡Oh Dios mio! cuando va á apagarse esa llama cuando estés en la cruz.... Oid á Dios.... quiere hablarlos antes de que llegue el momento de morir á la vida mortal.... Qué irá á decirnos?... Nos recordareis, Señor, todo lo que habeis hecho por nosotros? Vais á ponernos de manifiesto nuestra ingratitud? Vais á pedirnos cuenta de los favores que de Vos hemos recibido? Dios no se cansa... «QUIERO MÁS!... TENGO SED!... Aun no me es suficiente lo que he hecho por vosotros... Tengo sed!... Quiero más!... otra vida que regalaros; otra sangre que os envuelva y purifique... Tengo sed de amor!... Mi amor es infinito. . . .

Dios nos amó hasta el fin.

Dios vino á nosotros por la caridad, para que por la caridad vayamos nosotros á Él.

Amen.